

EPÍSTOLA DE UNA MADRE QUE ESCRIBE

ADRIANA VENTURA





Adriana Ventura (1995)

Escribe cada vez que puede y da clases de Literatura. Su mamá es enfermera y su papá fue sociólogo. Es madre de dos y hermana de tres. Dedicar su tiempo libre a entrenar ballenas. Su último libro se titula Boceto de una vida sin casa (Praxis, 2018). Ha merecido algunas distinciones como el Premio de poesía estatal María Luisa Ocampo. Algunos de sus textos se encuentran alojados en revistas como Casa del tiempo, Punto en línea, Carruaje de pájaros, La Santa crítica, Hoja Santa, entre otras. Fue beneficiaria del programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

EPÍSTOLA DE UNA MADRE QUE ESCRIBE

EPÍSTOLA DE UNA MADRE QUE ESCRIBE

ADRIANA VENTURA

Epístola de una madre que escribe

© Texto: Adriana Ventura

© Ilustración y diseño: Diego Ventura

Primera edición: Enero 2021

ISBN: En trámite

Textos: Adriana Ventura

Diseño e ilustraciones: Diego Ventura (@SoyDuffel)

Hecho en Chilpancingo, Guerrero, México.

Participamos en la idea de que el arte es resultado de las mezclas y experiencias colectivas, por ello queda permitida y abierta la reproducción total o parcial de este libro para todas las comunidades, salvo por la voluntad explícita de la autora o del diseñador o en caso de las ediciones con ánimo de lucro.

1.

Naciste cuando tu madre
tenía los años que tengo.

¿Tu madre escribía poemas?
Cocinaba, supongo.

Te mandaba al catecismo
te pedía que fueras bueno,
un niño bueno.

Que te alejaras de los malos hábitos.
Que fueras bueno, te pedía tu madre.
Tu madre iba al mercado
y escribía poemas,
hacía cuentas,
restaba.

Quizá imaginó a una mujer para ti.

2.

Y en la cabeza de tu madre,
nací yo;
un metro sesenta y cinco centímetros,
morena, voz bajita.

Cabello rizado, negro.

Fui soñada por tu madre
para que una noche
intentaras besarme
y yo dijera que sí
negando con la cabeza.

Al final nada.

En mis manos
la soledad de las tuyas.

3.

Mientras imaginabas mucho,
por herencia.
Que me iba contigo,
a ser felices,
por ejemplo.

Yo tenía una fuerte contracción
porque mi hijo tenía urgencia de nacer.

También imaginaba mucho
de pequeña, es decir,
a los doce, trece o catorce años.
Imaginaba, por ejemplo,
un vals,
en donde usaba un vestido gris
y bailaba contigo
quizá con otro.

No puedo ser precisa,
porque algo de ti había
en cada uno de los hombres
en los que me fui quedando.

Las regresiones me confunden.

Pero sé que bailamos.

Por un instante, eras tú.
Lo imaginaste, me dijiste
que lo imaginaste.

Y este poema se torna confuso
porque el revuelo de nuestras ensoñaciones
nos traiciona.

A ti, no te di la facultad de traicionarme
y, sin embargo, voy herida por tu voz,
que prefiero calificar de falsa.

4.

A los doce, trece o catorce años
se te murió un hermano.
Lo supe cuando tuve veinte,
y me dolió mucho.

Luego, ya maduros,
viajamos al centro
de la muerte de mi abuela.

Atravesaste la neblina de mi tristeza
y lloraste más que yo.

Me enfadé contigo y te pedí que te fueras,
pero no te fuiste. Sólo te encerraste
en el auto y te quedaste dormido.

ATRAVESASTE

LA NEBLINA

DE MI TRISTEZA

Y LLORASTE

MÁS QUE YO

V A M O S

5.

Vamos por la vida enterrando gente,
nos acompañamos en los funerales.
Pongo sobre tu hombro mi cabeza.

Tomas la soledad de mi mano en tu mano
y somos dos tristes entre gente que llora,
baila,
o grita
en los funerales.

Vamos por la vida enterrando gente.

O



LA VIDA

E N T E R R A N D O

G E N T E

6.

NI SE TE OCURRA

ABANDONARME,

NI SE TE OCURRA

SENTIR LÁSTIMA;

ME ESTOY QUEDANDO

SOLA.



7.

Me hubiera quedado en un poema
escrito por tu madre.

Me hubiera quedado
en las maneras
que tuvo la mañana
de acariciar a esa palmera.

Tú no sabes que había palmeras,
querías repasar la temperatura de mi boca,
querías descubrir las profundidades de mi voz.
Pero puse un candado y tiré la llave.

8.

Mi madre tenía veintiocho años.
Anotaba en su cuaderno
la cantidad de aretes descompuestos,
escribía que viajaba,
que ya no podía escribir
porque el cansancio,
el movimiento
y el sueño la hacían suya.

Mi madre hacía cartas que yo leí
a los diecinueve.

A los diecinueve
deseaba mucho escribir cartas
o poemas.

Quería, más que nada,
perderme en la blancura de las hojas
y mancharlas.

A los diecinueve,
tú soñabas con un hijo,
se lo pedías a otra mujer.
Sé cocinar, limpiaría la casa,
si me das un hijo, dijiste.

Y ella respondió que sí.

Al mismo tiempo,
yo miraba un acantilado en Acapulco
y corría enferma por la Costera.

Entonces tu hijo tenía urgencia por nacer
y yo urgencia por huir.

Y ELLA RESPONDIÓ QUE SÍ.
Y ELLA RESPONDIÓ QUE SÍ.
Y ELLA RESPONDIÓ QUE SÍ.

9.

A LOS VEINTIOCHO

TE CONVERTISTE

EN PADRE.

A ESA EDAD NOS

ALEJAMOS PARA

SIEMPRE.

NOS

GUSTABA



EL ALCOHOL

Y

MENTIR

10.

Cantábamos las mismas canciones,
probablemente al mismo tiempo,
en latitudes diferentes.

Besábamos bocas
que no eran las nuestras.

Nos gustaba el alcohol y mentir
y decir a otros que los amábamos,
que siempre, que nunca.

Abusamos de la imprecisión
y nos fuimos encerrando
en una secuencia de reproches.

Los que mienten son abandonados
y arrojados sus cuerpos
al infierno de la infamia
por los honestos.

Los que no sucumben
y no buscan encontrarse
en ojos ajenos.

Los que se consagran
a un solo cuerpo
y no ensucian.

Pero tú y yo
sentimos la miseria de las mañanas,
nos agredimos,
estamos hechos de flaquezas;
nos traicionamos.

E

S

A

N

E

C

E

D

A

D

DE

11.

No nos gusta hacernos esto.

A los cuarenta nos negamos.

Decimos que no con fuerza.

Desistimos, abrazamos nuestra soledad,
es lo único que nos pertenece.

Esta necesidad de ser de algo.

Somos el invento de tu madre,
en su imaginación ya no estamos juntos.
Nos renunciamos.

SER

A

L

G

O

12.

Podrías ser el que está en mi mesa
haciendo notas
o garabatos de un sueño.
Podrías ser el futuro
esperando en la esquina.
Podrías ser el hombre
al que le regalé un cielo de octubre
que se miraba de noche
en la calle Miguel Hidalgo.
Podría amarte desde aquí
al poste de luz más cercano.
Podría amarte.
En cambio, escribo tu nombre,
lo deletreo,
lo borro.

Soy la mujer que tu madre
escribió para ti,
tarde.

Esta plaquette «Epístola de una madre que escribe»
de Adriana Ventura se terminó de editar
en Chilpancingo, Guerrero, en el año 2021,
cuyo calendario coincide con el de 1993.
En su composición se utilizaron las familias
tipográficas Montserrat y Sunshine Pro.

